

El apego seguro expresión del amor de Dios

Febrero se tiñe de rojo, de chocolates y cartas de amor. Llenamos de notas de cariño a las personas a nuestro alrededor. “El amor está en el aire”... pero, ¿qué es realmente el amor?

Jesús resumió los mandamientos en dos: **amar** a Dios con todo el corazón, alma, mente y fuerzas y **amar** al prójimo como a nosotros mismos. En la última cena, luego de lavarle los pies a sus discípulos, Jesús vuelve a repetir. “Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros como yo os he amado” (Juan 13:34).

El amor es tan complejo y simple a la vez. Es un concepto abstracto que se vive de manera concreta. Es “fácil” amar a algunas personas pero hay momentos y personas a quienes no queremos amar.

La segunda epístola de Juan es conocida como la carta del amor. El autor repite una y otra vez la palabra “amor”, describe la fuente del amor y la importancia de amarnos unos a otros no solo en febrero, sino todos los días, todo el tiempo y a todas las personas. 1 Juan 4:7 dice: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.”

Pero, **¿quién es la fuente del amor?** En el versículo 10, el autor lo explica: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él no amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.” Más adelante en el versículo 19 nuevamente el autor dice, “nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”. La capacidad de amar proviene de ser amados en primer lugar. Dios nos ama, y Su amor es lo que nos capacita para amarlo a Él y amar a otros.

Esto es especialmente reflejado en la crianza. Todas las personas nacemos con la necesidad de anclarnos a alguien que nos ame, nos cuide y nos proteja. A esta necesidad le conocemos como el vínculo de apego seguro. Cuando un bebé es recibido con amor en su hogar, crece con la capacidad de confiar y amar a Dios y las personas. Este vínculo es vital para el desarrollo saludable del ser humano, y como padres tenemos la capacidad y la responsabilidad de crear este ambiente seguro.

La vida está llena de mucho ruido que nos abruma y nos dificulta proveer este ambiente de amor y ternura. Sin embargo, ¡qué regalo es recordar en la cotidianidad que Dios nos ama! Dios nos ama aun en los momentos más difíciles y abrumadores de nuestra vida. Su amor es incondicional, no depende de nosotros sino de Él. Él escogió amarnos y nada nos puede separar de Su amor demostrado en Jesucristo (Romanos 8:35-39).

Al beber de la fuente de amor cada día, como padres podemos amar a Dios, a nuestros cónyuges y a nuestros hijos, aun cuando ellos están molestos, irritantes, desesperados o tristes. Así como Dios nos hace saber que Él escogió amarnos a nosotros, nosotros también debemos hacerle saber a nuestros hijos que escogemos amarlos a ellos. El amor que reflejamos de Dios, no depende de la manera en que ellos se comportan. Ellos no tienen

que ganar nuestro amor ni pueden perderlo. Elegimos amarlos de la misma manera que Dios eligió amarnos a nosotros.

Demostramos nuestro amor proveyendo un espacio seguro para nuestros hijos, donde hay lugar para equivocarnos y aprender. El amor y la ternura deben estar siempre presentes en la crianza y corrección. Los límites son las normas y reglas que establecemos como familia para protegernos, cuidarnos y respetarnos mutuamente. Así como Dios nos acompaña cada día, nosotros también acompañamos a nuestros hijos, los escuchamos, los orientamos, los abrazamos, los consolamos, jugamos con ellos, y disfrutamos la vida juntos. Somos de su equipo, somos un equipo. Y juntos caminamos hacia la meta.

Cada semana, cada día, cada momento nuestros hijos necesitan escuchar y sentir, con palabras y acciones, que los amamos. Dejar a un lado el celular, mirarlos a los ojos y prestarles atención cuando hablan es una manera de decir, “te amo”. Jugar con ellos su juego favorito, sea la “comidita” o la pelota es otra manera de decir “te amo”.

Algún día no muy lejano ellos correrán a nuestros brazos, y en respuesta a nuestro amor por ellos nos dirán desde lo profundo de su corazón: “Te amo”. Y nosotros miraremos al cielo y le diremos a nuestro Padre, “Gracias... ¡Te amo!”.

Dámaris Shapiama
Maestra asociada
Centro Esdras